

Javier de Viana



Patrón Elías

textos.info
biblioteca digital abierta

Patrón Elías

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7782

Título: Patrón Elías

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de octubre de 2022

Fecha de modificación: 1 de octubre de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Patrón Elías

No estoy bien seguro de si esta narración es una historia verídica o un engendro imaginativo.

Quien me la comunicó afirma que se trata de un «suceso sucedido». Por mi parte, no tengo inconveniente en aceptarlo como tal, pues estoy convencido de que la historia es un cuento con fechas y nombres propios, y el cuento una historia, generalmente más verídica, por cuando el narrador obra con entera libertad, sin supeditar su fantasía creadora a los convencionalismos y las restricciones que imponen las fechas y los nombres propios.

Historia o cuento, allá va él, tal como me lo narraron. El hecho ocurrió en Santa Fe, en el departamento de Vera, en la época de mayor incremento de la explotación agrícola. Diversas colonias, recién nacidas, producían riquezas inesperadas, merced al consorcio de la tierra extremadamente fecunda, y de los obreros animosos.

Y al amparo de esa prosperidad industrial, se desarrollaban pequeños comercios, despreciables boliches, cuyos propietarios giraban por valor de centenares de miles de pesos.

En el comercio local predominaban los buhoneros turcos, y sobre todo ellos, Elías, quien a poco andar se transformó en «Patrón Elías», potentado, ante quien inclinábase respetuosamente hasta las mismas autoridades.

«Patrón Elías» era un hombre alto, grueso, fornido, de tez trigueña, de grandes ojos negros.

No sabía leer ni escribir, expresábase en una jerga extraña, incomprendible para quienes no estaban habituados a escucharle.

Cierta vez llegó a su casa un joven italiano vestido con prolijidad de pueblero presumido, una indumentaria que contrastaba con la tosca y

añeja del comerciante.

«Patrón Elías» observó atentamente al forastero y preguntóle:

—¿Qué querés?

—Quiero comer; tengo hambre, —respondió el mozo.

La contestación impresionó favorablemente al buhonero, ya satisfecho de aquel físico robusto.

—Pasá comedor, —díjole.

La casa de «Patrón Elías», poco más grande pero no más confortabíe que una choza, era «Almacén, Tienda, Ferretería, Zapatería, Armería, Botica y Fonda».

Albano comió con un apetito acumulado en seis días de semiayuno.

—Cuando a mi vez fui rico, me dijo rememorando el episodio, viajé por toda Europa, frecuenté en los restaurants de más fama, pagué sumas exorbitantes, pero nunca comí más ni encontré manjares tan exquisitos como los que me sirvieron en mi primera cena en la fonda de «Patrón Elías».

Al día siguiente le preguntó:

—¿Qué cosa querés hacer?

—Lo que me mande: lo mismo baldear agua, que llevar los libros.

—¿Sabés llevar libros?...

—Sé.

—Sí. Bueno: vení, te entrego contabilidadá. La persona que me la lleva no la lleva bien, pero no puedo sacarlo de golpe, pero vos encargo vigilar.

Dos meses más tarde, Albano se presentó a su patrón expresándole:

—Le ruego que me arregle la cuenta porque me voy.

—¿Por qué te vas?... Te aumento el sueldo; en vez de cincuenta pesos

mensuales te doy trescientos.

—No, no puedo. He comprobado que le roban a usted mensualmente miles y miles de pesos y no quiero hacerme cómplice de delito ajeno.

Sonrió el turco bonachonamente:

—¡Yo también lo sé!... Quedá... Mucha desgracia no saber leer ni escribir; la mayor desgracia. Vos honrado, vos vas llevarme a escribano honrado para hacer testamento. Tengo mucha plata, mucha plata guardada en lugar seguro. Familia no tengo, amigos tampoco. Hermanos y primos y tíos y amigos me robaron. Murieron. Yo te nombro albacea, vos cumplirás mi última voluntad...

—¿Y cuál es ella?

—Ampliar toda mucha fortuna mía criando y sosteniendo escuelas. Hombre que no sabe leer y escribir y sacar cuentas, no serbe para él ni serbe para gente buena, serbe para pillos que comen su trabaja... Cristo diga: «Da comida al hambriento».

—Y usted lo cumple.

—Y diga también: «Enseña qui no sabe» por qui no sabe está qui no ve... Con toda plata mía qui quedará después de muerto yo, tú plantas escuelas, muchas escuelas ...

Han transcurrido muchos años. Miles de niños se han educado en las escuelas fundadas con los caudales de «Patrón Elías». Pocos recuerdan su nombre, nadie se lo agradecerá, pero las acciones nobles son aquellas que se hacen sin la forma de un pararé a interés usurario, cobrable ante Dios.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.